

Hay que cambiar

JOSE LUIS ALVAREZ ALVAREZ (*)

HAY veces en que el agotamiento de un proyecto o de unos equipos es tan evidente que la primera necesidad es sustituirlos. Todas las encuestas muestran que éste es el primer deseo de los españoles; en ellas más del sesenta por ciento de los preguntados quieren que se vayan los socialistas, que dejen el Gobierno. Este deseo, basado en varias razones: la corrupción, la falta de credibilidad, el incumplimiento de los compromisos, la ineffectividad, se convierte en una necesidad absoluta cuando de salir de la crisis económica se trata.

La política económica de esta legislatura ha sido, en un análisis objetivo, un desastre. Desde 1989 se han acumulado los errores: pérdida de competitividad y mercados, aumento de los déficits y del gasto público, dinero caro e intereses altos, cesión ante las presiones sindicales, pérdida de la autoridad, tráfico de influencias, beneficios especulativos y comisiones, falta de control del gasto, obras espectaculares pero hechas con derroche y con olvido de los recursos existentes.

Pero quizás lo más grave ha sido la negativa, por voluntarismo o interés partidista, a admitir la realidad. La crisis que le ha estallado en las manos al Gobierno, y de rechazo a todos los españoles, empezó a manifestar sus síntomas en 1990 y era ya muy clara en 1991. Sin embargo, el Gobierno prefirió negar la evidencia y hacer un presupuesto expansivo y unos gastos extraordinarios en 1992, y no tomó ninguna medida eficaz para afrontar y sujetar esa crisis. Probablemente se llegó a creer su propia propaganda sobre la celebración de la década socialista. Y como consecuencia, la crisis, que es verdad que afecta a todo Occidente, se acentuó en España por los errores internos, y ahora estamos casi

peor que nadie. La carrera de nuestra moneda es un terrible y claro ejemplo de esa política. Hemos jugado a tener por "prestigio" la moneda más fuerte de Europa y la que daba más intereses, con una economía que no respondía a esa fortaleza, y en unos meses hemos devaluado la moneda tres veces. De la moneda más fuerte en apariencia, a la más frágil. Y además, otra vez negándose el Gobierno a admitir la realidad por mantener el "prestigio", hasta en punto de en vez de hacer una sola devaluación para ajustarla a su valor real de mercado, se ha visto obligado a hacer tres y derrochar nuestras reservas en una terrible batalla en la que ¿cuántas decenas o centenares de miles de millones de dinero de todos los españoles, se han perdido empobreciéndonos aún más?, y ¿cuál es la cifra real de nuestras reservas, que llegaban, todavía hace poco, a

80.000 millones de dólares? Y en este campo no podrá echar la culpa a la oposición que, por sentido del Estado, ha renunciado en pleno período electoral a hacer críticas de la política monetaria para evitar perjuicios a España. ¿Cree alguien que aquel PSOE de la oposición al gobierno de UCD habría hecho algo parecido?

Este 13 de mayo con devaluación, aumento de la inflación en época de recesión, y récord de paro en la Comunidad Europea, lleno de noticias negativas, sólo puede tener un efecto positivo: hacer que los ciudadanos españoles, todos, hasta los menos informados, se den cuenta del estado a que la política del Gobierno nos ha llevado. Y como consecuencia, de la necesidad de admitir la realidad y hacer frente a ella de la única manera que se resuelven esas situaciones: echando a los dirigentes incapaces y responsables,

diciendo la verdad a los ciudadanos, gastando menos y con más control, y trabajando todos, políticos y funcionarios, empresarios y trabajadores, más y mejor.

España tiene unos recursos materiales, personales y morales, que en casos semejantes han servido para remontar y salir adelante, y no sería razonable caer en el pesimismo. Pero es preciso hablar con claridad, dejar de mentir y de soportar mentiras, ponerse todos a la tarea con un equipo de gobierno nuevo capaz de producir esperanza e ilusión.

Los que han llevado la empresa a la quiebra no pueden seguir siendo los que la dirijan; hay que cambiar. Afortunadamente, la alternativa es una de las virtudes de la democracia y las elecciones están a la vista.

(*) José Luis Alvarez Alvarez es ex ministro de UCD y dirigente del PP.

■ LA VOZ DEL SESMO

Motos

BERNARDO VICTOR CARANDE

Aunas fechas señaladas, que ellas saben mejor que nadie, la rut europea (que el fenómeno supera lo limitadamente nacional) se puebla de motos. El fragor de su zumbido se enseñorea del mapa. Todos los viales confluyen en el punto de destino. Es un vertiginoso estruendo contemporáneo y confluyente. El punto señalado de la reunión celebra una circunstancia, un acontecimiento, o un evento deportivo. Y hacia allí se dirigen los motoristas de Europa, como si fuesen aves en migración, al reclamo de la convocatoria. También climática: las citas se inician en primavera. Ellos, los motoristas, en sus potentes motos, con frecuencia por duplicado, que hay quien les acompaña, y revestidos del camuflaje atuendo preciso que les defienda del inclemente (por rudo) ámbito que cruzan, centauros del progreso datado, galopan los espacios ofertados, por la raya del vértigo y el vértice

prohibido. O negado. El motorista hoy, al logro del alcance mecánico, recupera el despojo de esta sociedad burócrata y urbana, la intemperie. Y tras el hermetismo de su atuendo y su casco, como por una soslayada clandestinidad. Algo así como si viniesen de, o llegasen a, otro mundo. Ellos recuperan la sorpresa desaparecida del mundo. Y con ellos la clase media accede a la aventura. De lo trivial puede surgir el suceso: la cumbre, el llano, y la sociedad atrás, siempre dejada atrás, camiones, semáforos, automóviles, peatones, nubes, solo que... Parece ser que el otro día acudieron a Jerez de la Frontera, a la prueba de motorismo, como unos 40.000 motoristas. Parece ser, también, que otros años acudieron más. Los de Portugal y Galicia cruzan la Extremadura baja, los castellanos la alta. Aquí se reúnen con los motoristas extremeños. Allí, en Jerez, con los demás. Pero a esa velocidad a la que van, ¿se dan cuenta de lo que hacen?

■ KIOSCO

TODOS los periódicos coinciden en calificar como "jueves negro" el 13 de mayo. Todos miran a Solchaga buscando en él al "buc emisario". Brunet, en "La Vanguardia", habla del fin de la era Solchaga, y en el mismo periódico se habla de Roca como "el tercer hombre". "La Vanguardia" publica un editorial por encima de consideraciones electoralistas. Además de hacer un análisis técnico como el que más o menos hacen todos los periódicos, comenta que "la paridad fijada en su día para ingresar en el SME en junio de 1989 resultó ser demasiado ambiciosa para el país, ya que exigía una disciplina fiscal y salarial que después no se ha sido capaz de seguir". "Esta severa corrección es la respuesta financiera a un hecho que desde estas líneas se ha denunciado repetidas veces: el de haber vivido muy por encima de nuestras posibilidades durante demasiado tiempo". Es decir, el fallo está aparte de los enmarañados entramados de la crisis internacional -en algo que exigiría una reflexión metaelectoral que nadie hace en el "spanish way of life". Ni la sociedad (los políticos, la Iglesia, los educadores, los ciuda-

Fin de la "era Solchaga"

JOSE LUIS TORRES MURILLO

danos), ni los agentes económicos (los planificadores, los empresarios, los trabajadores) han tenido en cuenta ni han predicado que en Europa se trabaja con gran disciplina -principios de eficacia, de excelencia del producto de mejora, constante, honradez y legalidad- y con ganancias realistas -principios de ahorro, de inversión productiva, sobriedad en el gasto, solidaridad en la fiscalidad-

dad-. Y nada de esto se dice en los periódicos ni en los mitines. Cuando se habla de despilfarro son los otros los que despilfarran; cuando se habla de inversión son los otros los que no invierten. Cuando se habla de "jueves negro" son los otros los culpables.

"Es un desastre", dice "El Mundo", concluyendo su durísimo editorial contra el Gobierno. "Pero no lo sería tanto si se apro-

vechara la crisis monetaria para cambiar la orientación de la política económica poniendo en marcha reformas estructurales que se requieren para favorecer el relanzamiento de la actividad productiva en todo el país. Pero eso claro está no es posible hacerlo en una situación como la presente, a dos pasos de las elecciones. Con lo que ya no queda más remedio que esperar al 6-J. Y confiar que el próximo Gobierno no sea tan nefasto, tan obcecadamente dogmático como el que nos ha tocado sufrir en estos últimos años".

■ XIM



El fracaso

PEDRO ALTARES

LA inmensa mayoría de los ciudadanos de este país, como los de cualquier otro, se pierden y no entienden los vericuetos del Sistema Monetario Europeo. Tampoco que es eso de los movimientos especulativos que periódicamente se ciernen sobre la peseta, y sobre otras monedas, y que a la postre siempre redundan en lo mismo. O sea en la devaluación, concepto tampoco fácil para el españolito de a pie, que no sabe muy bien cuáles van a ser las repercusiones efectivas sobre sus bolsillos más allá de la inevitable subida de la gasolina y del encarecimiento de las divisas que necesita para su próxima salida al extranjero. Los ciudadanos hay muchas cosas que no entienden del frondoso bosque de la macroeconomía y del lenguaje económico de los técnicos. Pero, sin embargo, hay otras cosas que entienden a la perfección; que sus gobernantes no sean sinceros o que sean incapaces de rectificar una política que para tirios y troyanos hace agua por todas partes. Era un secreto a voces que la peseta no iba a aguantar el tirón especulativo y que los altos tipos de interés, entre otras cosas, llevaban mucho tiempo sumiendo a la economía española en un agujero cada día más profundo. Pero ante eso y ante otras muchas cuestiones, por ejemplo y sin ir más lejos, la atroz cifra de parados, las autoridades económicas de ese país no han hecho otra cosa que lamentarse y aplicar insistente una única receta que había demostrado desde hace mucho tiempo ser incapaz de sanar cualquiera de las graves enfermedades que aquejan a la economía. Girando alrededor de un único eje y en espiral, la política económica hace mucho tiempo que está desahuciada. Y sin embargo ha seguido siempre idéntica a sí misma, sin rectificar ni un ápice. La repercusión en las urnas el próximo 6 de junio está por ver. Entre otras cosas porque el electorado sabe que, en este terreno, la oposición no tiene demasiado qué decir, aunque con toda lógica y derecho aproveche el fracaso gubernamental en su propio provecho. El Gobierno tiene ya muy poco tiempo para recuperar una credibilidad inexorablemente perdida. Demasiado cerca el 6 de junio como para que algunos efectos beneficiosos de la devaluación y de la bajada de los tipos de interés, se hagan notar. El error de González es no haber cambiado las cosas cuando aún podía hacerlo. Por cosas, naturalmente, se entiende el equipo económico. Su fobia a los cambios, su resistencia a reconocer errores, está suponiendo un lastre que inevitablemente va a contar, probablemente de manera decisiva, en el resultado electoral del próximo mes de junio.